

Elogio del negro norteamericano

Ignacio Granados

Escritor y crítico de literatura



Es común la referencia, típicamente vasconceliana, al contraste de los mundos anglo e hispanohablantes en su proyección americana; esto es, la marcada diferencia entre las américas del Norte y el Sur, separadas por límites más anchos y profundos que los del Río Grande, ¿...Bravo?; y que por otra parte es tan rara que engloba al Sur en un latinismo tan singular como el brasilero, además de fundir el centro mesoamericano con el norteño México; pero que además engloba en el Norte a los Estados Unidos con el Canadá incluso francoparlante, y deja al paio la miriada de islas entre anglo y francófonas; islas que por suerte pueden reunirse y reconocerse en un criollismo que las iguala, aunque sea incomprensible de una a la otra, y que mayormente excluye a las Antillas Mayores, por hispanas. Bajo ese mismo contraste de dos mundos suele mirarse la inserción africana en las américas, como distintas a uno y otro lado del río, que por ello ofrecen una actualidad distinta para el negro ya nativo de Occidente; poco importa si el elogio y la crítica ponen su énfasis en una u otra cosa, tratando de explicar las peculiaridades de esta raza, cósmica a la fuerza y ajena a ese alcance por el que puede salvarse a sí misma.

Normalmente, se plantea la relativa liberalidad con que el mundo hispánico habría enfrentado la cultura negra, permitiéndole sobrevivir en el sincretismo que desborda a las religiones; tan opuesto al rigor protestante, que negó esa posibilidad, obligándola a sumergirse en un cristianismo austero, que terminaría por diluirle su perfil, hermoso y tremendo. De cierto, la realidad sincrética del mundo hispano es tal, que todavía se encuentran elementos archiafricanos en sus motivos litúrgicos, ya expandido a los blancos en el mestizaje religioso; mientras, en el mundo anglófono, la referencia africana es un esfuerzo intelectual y político, posterior al *issue* de los Derechos Civiles, en un conglomerado que busca desesperado su identidad; que supuestamente no habrían perdido los negros hispanohablantes, aunque también se planchen el pelo, hablen de mejorar la raza, envidien a los blancos y pugnen por apadrinarlos en religión, como si pudieran reciprocarnos algo. Sin embargo, probablemente, esa parcela de visibilidad otorgada al negro por la metrópolis ibérica haya sido la celda en que se estancaría, sin otra posibilidad que la ligereza del carnaval; pues, quiérase que no, ese arcaísmo africanista de la liturgia, lo único que realmente queda, se ha corrompido en una fonética

tan extemporánea como el católico latín, y la música es lo único que encanta.

Pero en la música vendría la respuesta, pues tan maravillosa es a un lado como al otro, en los que el negro asombra con la hermosura de su ritmo; y es que al margen del ofensivo mito que recluye al negro a una sexualidad bestial, es innegable el poder de su sensualidad, suficiente como una comprensión del Cosmos; pero ese es un tema de antropología de las religiones, y por eso, en vez de insistir en explicarlo, mejor es seguir con el avatar de la música, que llega a caracterizar a la raza en un perfil definido y denso como pocos. Lo cierto es que, en ambas orillas, la música de los negros asombra con su grandeza, su preciosismo y las aleaciones que propicia; que darían lugar, no sólo a zarzuelas y *suites* que igualan a Latinoamérica a las más clásicas plazas, sino que se prestan a la apropiación con que el mercado sajón consume la tradición de Presley, ignorando el pedestal en que se sienta.

En el caso latinoamericano, puede establecerse la continuidad lineal que integra paulatinamente los tambores y su alcance litúrgico con la melodía de las cuerdas, en un engarce único; no así en el caso norteamericano, porque el tambor, fue suprimido como voz que comunicaba al negro con el mundo, cuando lo oía como la boca de los dioses, en las fuerzas totémicas que lo representan. Sería esta supresión la que obligaría a la cultura, en su autosuficiencia, al esfuerzo por encontrar la forma de realizarse a sí misma; y por eso, la honda gravedad del tambor habría tenido que recluirse en una garganta dolida que podía recogerla, y apoyarse en las cuerdas europeas para acceder a una nueva forma; aunque, eso sí, y gracias a Dios, por la variación que introduce, subordinándose a la naturaleza melódica en que la voz dice sobre el fondo de cuerdas, menos rítmicas que melódicas frente a la potestad del tambor.

Pocos se plantean en Latinoamérica ese giro del negro norteamericano, que sólo tendría su guitarra, además de la referencia del folclor céltico de los irlandeses, en la iglesia en que reprodujo la estructura ancestral de la tribu, para cantar su pena en un lamento sentido y evangélico; al margen del cual se secularizaría, en un ambiente opresivo de tristeza y depauperación colorido de azul, en que el blues nacería del gospel, recuperando un poco ese ritmo perdido en la función melódica de la voz; pues si la repetición de parlamentos, en coros y estribillos, da poderes rítmicos a la voz, su importancia principal es sin embargo sonora, y en

ese sentido melódica, por aquello de los timbres. Después la historia se esclarecería, pues será en esta partición de los ámbitos religioso y secular que aparece el rey, Elvis I, dador de luz, señor de los escenarios y las luces, de la obscuridad fascinante del movimiento; pero en una gloria tan grande que hasta la rumba ha de ceder el paso ante semejante *corpus*, gracias a esa irónica crueldad en que se intenta suprimir un perfil humano.

El negro norteamericano, es cierto, es más hierático y solemne, como una estatua egipcia, parece un *gospel* él mismo, cantado con voz profunda; hasta cuando se alegra en la propuesta del *blues* es triste, como esa letra que explica al género, racial, en el dolor del hombre que ha perdido a su mujer(sic). Pero, hoy por hoy, poca duda hay de la mayor y más densa personalidad del negro norteamericano, que se observa hasta en su mayor capacidad de respuesta política; debida a un mayor crudeza social, es cierto, pero en el marco de una sociedad que no se enclaustra en una tradición condicionante, sino que convenía la ley; como una plaza de juego más o menos limpio, ni tanto, es verdad, pero terminante en todo caso, como única determinación aceptable, no importa si a regañadientes.

Respecto al negro latinoamericano, la grandeza musical del negro norteamericano es tal que sólo se equipara al fenómeno de la arquitectura en que el mundo árabe reinterpreta a Occidente y le devuelve un mozárabe; sólo que en este caso del negro es hasta más sublime, pues frente a esa preponderancia política con que los árabes se extendieron hasta en el *plus* filosófico, los negros contrastan la debilidad del sometimiento a que fueron forzados; logrando, en todo caso, sin la arrogancia del vencedor, esa misma singularidad del perfil en que son más entrañablemente occidentales, incluso si no logran comprenderlo, justo por esa digestión que hicieron de sus opresores; total, esa fue la condición de Hera para que vencieran los teucros en las costas latinas, y ya se ve que fue el latín el que se sobrepuso a la victoria griega. Al final, el espíritu del negro puede ser igual a ambos lados del mismo río, y hasta en el lado tangencial que se aproxima en la separación de las islas, la cultura de un sometimiento ya también ancestral; pero también es cierto que al Norte del Río Bravo, y a diferencia de lo que pasa en el Sur, el negro puede optar por su propio ser, y en conciencia proyectarse a una nueva *seidad* que le aporte consistencia.